

NOTAS

IN MEMORIAM

FEDERICO SUÁREZ VERDEGUER

En los ambientes del tradicionalismo de los años cuarenta comenzaron a emerger una serie de jóvenes valores. Nacidos por fuerza bajo el signo de Marte, casi todos venían de hacer la guerra y se reintegraban en la paz a la variedad de las profesiones. Algunos iban a volcar sus afanes en el quehacer intelectual. Una nueva generación intelectual al servicio de la misma estirpe. Fue el caso de Álvaro d'Ors, Francisco Elías de Tejada o Rafael Gambra. También el don Federico Suárez Verdeguer, valenciano de 1917, fallecido en Madrid a primeros de enero de 2005.

Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea desde 1948, enseñó primeramente en la Universidad de Santiago de Compostela, hasta que en 1955 se trasladó a Pamplona para iniciar —como primer decano— la Escuela de Historia del Estudio General de Navarra, embrión de la que, a partir de 1960, se convirtió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra. En su seno creó, en 1957, el Seminario de Historia Moderna, del que nació la «Colección Histórica de la Universidad de Navarra», que estampó mientras fue su director cerca de una cincuentena de volúmenes, destacando en particular la edición de los *Documentos del reinado de Fernando VII*, en 13 volúmenes, aparecidos entre 1965 y 1972.

Su obra historiográfica se centró en la renovación de los estudios sobre la historia contemporánea en España y, en particular, los relativos a la crisis política del antiguo régimen en España. Su primer libro, que lleva precisamente ese título, vio la luz en 1950 en la afamada Biblioteca del Pensamiento Actual, que dirigía Rafael Calvo Serer para las ediciones Rialp. El profesor Francisco Elías de Tejada, que publicó en la colección, le atribuyó un designio de «menéndezpelayismo político», que en su pluma acerada y bien cortada implicaba un reconocimiento tanto como una denuncia. Reconocimiento de una política cultural de signo tradicional frente al progresismo falangista. Y denuncia de tomar como maestro a quien podía serlo de la historia de las ideas pero no de la tradición política española. Lo primero decía relación con la lucha sin

cuartel sostenida por el grupo de Calvo Serer y Florentino Pérez Embid frente a las publicaciones e iniciativas de la Falange, caracterizadas por un izquierdismo progresista marcadamente acatólico, cuando no anticatólico. Mientras que lo segundo implicaba un enfeudamiento en el monarquismo «juanista» colaborador con Franco. Dinásticamente liberales, más o menos confortablemente instalados en el «régimen», sostenían la política cultural de la intransigencia tradicionalista a veces con más brío (también con más medios) que la propia Comunión. De ahí que Elías de Tejada, con algunas reticencias, o Rafael Gambra, más desenvueltamente, por más que ambos conservando su línea propia, no tuvieran reparos en participar en las iniciativas del grupo.

El caso de don Federico, como el de Álvaro d'Ors, tenía en cambio una singularidad digna de no ser echada al olvido: su pertenencia al Opus Dei, del que también eran miembros Calvo, Pérez Embid y una buena parte de los colaboradores. Don Federico, miembro del instituto secular desde 1940, había sido ordenado sacerdote el mismo año en que obtuvo su cátedra, y —como hemos dicho— en los cincuenta combinaría el quehacer académico con el servicio al Opus. Pero don Federico y Álvaro d'Ors eran, además, carlistas. El libro, ya citado, del primero, en tal sentido, jugaba a favor del carlismo, pues implicaba una relectura del primer tercio del siglo XIX. Su obra posterior proseguiría en idéntico surco, que en puridad nunca abandonaría, sobre todo *Los sucesos de La Granja* (1953). Pero pienso también en su excelente libro sobre *Las Cortes de Cádiz* (1982) o en su *Vida y obra de Donoso Cortés* (1997), asuntos de los que probablemente era uno de los más sólidos especialistas. Ciertamente es que el juanismo «tradicionalista», al que en principio se adscribía el «grupo», pretendiéndose heredero de la *Acción Española* de Maeztu, Pradera y Vegas Latapie, y con el entusiasmo perfectamente describible de este último, único superviviente, jugaba utilitariamente la carta del «noble final de la escisión dinástica», con lo que los estudios eruditos de don Federico no creaban tampoco mayores dificultades. Pero la militancia carlista era otra cosa. Y el Opus había distribuido hábilmente los papeles entre el franquismo, el juanismo y el juancarlismo, en detrimento del carlismo, donde sólo algunos personajes menores fueron autorizados, y con toda suerte de restricciones, a militar. A la larga, además, su acción sería particularmente desafortunada, al servicio de la operación de Carlos Hugo de conducir la Comunión al progresismo. En el caso de Álvaro d'Ors intentaron que interviniera en el equipo de los preceptores de Juan Carlos. Pero don Álvaro, que era una personalidad excepcional, independiente e indolegable, se negó en redondo, aunque sin contar con él ya se hubiese anunciado su nombre. En el caso de don Federico, personalidad más que notable igualmente, su ministerio sacerdotal iba a constituir la vía de acceso para su neutralización. ¿Cómo negar su asistencia espiritual a un alma, máxime cuando por su rango y posición su influjo estaba llamado a tener gran importancia?

Don Federico, de la noche a la mañana, en 1960, tras protestar –parece ser– una última vez su adhesión al Rey Don Javier, delante de Franco y Carrero, fue nombrado preceptor y capellán de Juan Carlos. En el carlismo la consternación fue total, don Federico discretamente hizo mutis por el foro, continuó –eso sí– con su orientación tradicionalista, pero se acabó su carlismo. Cuando Manuel de Santa Cruz, historiador extraordinario del tradicionalismo en el período que siguió a la guerra, y publicista católico «intransigente» de gran vigor y originalidad, preparaba su oceánica edición de apuntes y documentos, a por lo menos un volumen por año a partir de 1939, que comenzó a publicarse a fines de los años setenta, tras larga elaboración, al llegar a los acontecimientos de 1960, le pareció que el *affaire* Suárez Verdeguer tenía relevancia como para ser tratado y visitó al interesado, quien le recibió con gran amabilidad y le dio por toda respuesta a sus preguntas esta enigmática: –«Como usted aún no está en condiciones de publicar ese tomo, sino que le quedan muchos precedentes, deje usted un hueco en el libro y ponga una advertencia de volver a contactar conmigo cuando el libro esté ya pronto». El enigma quedó siempre sin resolver, o más bien se resolvió en simple dilación, pues, en efecto, llegado el día, Santa Cruz volvió a visitar al presbítero, quien esta vez sin nuevos retrasos, se limitó a decirle que lamentablemente sus muchos trabajos le impedían darle satisfacción en ese momento. No sé si lo ha escrito Santa Cruz en el tomo correspondiente o se lo oído contar *viva voce*, desde luego en varias ocasiones.

De su carlismo apenas quedó, con el pasar de los años, y además –claro está– de buena parte de sus temas de investigación, y de su signo intelectual (declinante en la propia Universidad de Navarra, donde se asentó por el contrario el catolicismo liberal *enragé*, combativo incluso contra el tradicionalismo, con la obra de Gonzalo Redondo, también sacerdote y también fallecido hace no mucho), el cultivo de algunos colegas. Pienso en la acogida que dispensó en Pamplona a la profesora Alexandra Wilhelmsen, hija del gran intelectual y gran carlista (fue creado caballero de la Orden de la Legitimidad Proscrita por el Rey Don Javier), a la que dirigió su tesis sobre la formación del pensamiento político carlista, convertida luego en libro de éxito, o a Gonzalo Larios, buen amigo chileno, la suya sobre una de las partes menos conocidas de la obra de Donoso Cortés. También creo recordar que prologó el extraordinario libro de recuerdos de Javier Nagore, *En la 1ª de Navarra*. Por mi parte, intenté implicarle en algunos proyectos de publicaciones colectivas a partir de los años ochenta, del bicentenario de la Revolución francesa al cincuentenario del Alzamiento de 1936, no siempre con éxito. En concreto me hizo llegar una excelente contribución sobre el eco de la primera en España, que se publicó en un número monográfico, por mí coordinado, de *Aportes*, cuando aún era, según el carisma fundacional, una revista centrada de modo principal en el carlismo. En alguna ocasión confié a Álvaro d'Ors mi deseo de una más estrecha

colaboración con don Federico, y recuerdo cómo aquél, sin andarse con rodeos, me indicó que a su juicio éste se sentía, al contrario que él mismo, más a gusto en *Razón Española*, revista liberal-conservadora, aunque sin complejos, dirigida por la mano maestra de Gonzalo Fernández de la Mora y en la que yo también colaboraba y sigo colaborando, que en *Verbo*, por el contrario de orientación tradicionalista aunque amplia. Justo lo contrario de otro sacerdote del Opus Dei, también de la primera hora, también catedrático y también historiador, aunque del derecho, don José Orlandis, sobrino del gran padre Ramón Orlandis, de la Compañía de Jesús, inspirador y curador de la revista *Cristiandad* de Barcelona. Curiosamente los cerebros del Opus pensaron en Orlandis, también de orientación tradicionalista, aunque menos implicado en el carlismo, quizá por haber pasado su familia al «integrismo», para desempeñar el puesto ante Juan Carlos para el que finalmente fue preferido don Federico. Lo cierto es que Suárez Verdeguer nunca escribió en *Verbo*. Con todo, yo siempre mantuve con él el trato fluido y cordial, y le hacía llegar nuestras publicaciones, que él cambiaba generosamente con algunas de las suyas. A veces nos veíamos con motivo de alguna visita de Federico o Alexandra Wilhelmsen. También, como solía confesar en la iglesia del Espíritu Santo, la iglesia del Consejo de Investigaciones Científicas, y en ella organizamos las misas en el aniversario de Elías de Tejada, según el rito romano tradicional, recuerdo haberle saludado en tales ocasiones.

Fruto de su labor sacerdotal son una serie de libros de espiritualidad, bien escritos y llenos de buen sentido, traducidos a innumerables lenguas y vendidos por decenas de miles de ejemplares. Como de su quehacer universitario, esponjado en la madurez, proceden otros libros de ensayos, bien interesantes, tales como *La honradez intelectual y otros ensayos* (1988) o *Ensayos moderadamente polémicos* (2005). Fue precisamente de este libro, que tenía en cantera, y que creo que apareció póstumamente, del que hablamos la última vez que nos vimos, me parece que en el funeral de Álvaro d'Ors.

VÍCTOR EDUARDO ORDÓÑEZ

En los últimos días del mes de agosto y los primeros días del mes de septiembre de 2005, como cada año por esas fechas, el autor de esta nota, de paso por la capital del Río de la Plata, cumplía con la grata rutina, vieja y al tiempo siempre renovada, de reunirse con los amigos de longa data y procurar añadir siempre alguno más. De entre los primeros no podía faltar Víctor Eduardo Ordóñez. Infatigable escritor católico e hispanico. Con lo anterior casi estaría todo dicho. Nada menos. Y, para su gloria, me parece, casi nada más.